

Roce 2, entre el deseo y la escritura

Para vislumbrar lo que es hoy la escritura de las mujeres en Chile, los cuentos de Andrea Maturana son el mejor ejercicio.

Enfrentado a una palabra seductora y a una atmósfera urbana, apenas perfilada, el lector se asume como espectador privilegiado de esas pequeñas historias donde lo humano no es más que una intuición, que tan pronto emerge como se agota en la fragilidad del instante.

Con algunos cuentos desperdigados en diversas antologías (1), la joven escritora nos ofrece, luego, sus *(Des) Encuentros (Des) Esperados*, como una obra inicial que sitúa su escritura en el circuito público (2). Trece relatos conforman esta colección, verdaderos fragmentos de una vitalidad esencial y sólo presentida, destinada a transgredir lo cotidiano y anodino con la posibilidad de lo inesperado.

La colección, que se abre con “Doble Antonia”, da paso a una “Trilogía de Rocés”, encuentros habitados por cercanías y distancias a la vez furtivas y tenues. De esta Trilogía hemos seleccionado el cuento “Roce 2”, en lo que nos parece una muestra significativa en la búsqueda de aquella maestría escritural, a la que indudablemente la voz de Andrea Maturana también aspira.

Roce 2, construcción y ritualización del deseo.

El texto se configura como historia a partir de una acción que se reduce a su expresión más mínima: Ella aguarda en el auto, detenida en una esquina de la ciudad; él se aproxima en el bus y logra divisarla, aún antes de bajar en la vereda del frente. Ella lo ve descender. Luego, él cruza la calle sin volver la cabeza, mientras ella pone en marcha el vehículo.

-
- (1) Los primeros cuentos de Andrea Maturana se publican en diversas antologías, entre las que se pueden señalar: *Brevísima relación del cuento breve en Chile* (LAR, 1989), *Santiago, pena capital* (Documentas, 1991), *Nuevos cuentos eróticos* (Grijalbo - Mondadori, 1991).
 - (2) Nos referimos a: Andrea Maturana. *(Des) Encuentros (Des) Esperados* (Editorial Los Andes, Chile 1992). Todas las citas corresponden a esta edición.

Aparentemente, nada más ha sucedido, pero tras este desplazamiento, rigurosamente esquemático, se anuncia una intencionalidad, una voluntad de anular el espacio físico para internarse en los profundos pliegues de la temporalidad.

Así, desde los intersticios del movimiento inicial y haciendo estallar los límites de la reducción espacial, el tiempo se deja sentir para proyectar la narración hacia fronteras insospechadas: «Lo espera siempre hasta cinco (o diez) minutos; no más de quince. Y siempre se le triplica el tiempo. Le alcanza, siente, para imaginarse demasiadas cosas». (p.21).

Este tiempo, cruzado por la espera y la imaginación, aporta la diferencia que viene a singularizar el «(des) encuentro». Sólo un hombre y una mujer en el lugar más fronterizo de la existencia, observándose y construyéndose a través del propio deseo: «...caminan el uno hacia el otro, eso sí sin mirarse demasiado, y se encuentran en un beso largo queriendo que todo lo demás no exista y presintiendo que es más bien al revés. Que son ellos los que dejan de existir, que no hay coordenadas geográficas o temporales que los sostengan, que sólo están ahí por la fuerza de su deseo». (p. 23).

El lector se expone, entonces, ante una escritura que no es más que la ritualización del deseo y donde un verdadero código melodramático se articula para denunciar, a cada línea, esa ficcionalidad que satura la totalidad del relato.

Desde esta mirada, el discurso se condensa en una serie de metahistorias, intervenciones mínimas y fragmentarias, cuyos posibles narrativos se abren e inmediatamente se vuelcan sobre sí mismos, mutando y desplazándose constantemente de un sentido a otro. Es, entonces, cuando el «(des) encuentro» de los amantes serpentea desde la imposibilidad más absoluta, aquella de la memoria que se escribirá antes de morir y donde él no aparecerá por haber faltado a la cita, hasta su consecución parcial, esa que se juega entre el deseo y el temor de no ser, simultáneamente, objeto del deseo ajeno. Para luego evolucionar, sorteando los obstáculos más cotidianos y estereotipados, como los del auto que «puede no partir» (p.23), o el reloj que se enreda en el pelo y los botones de la blusa arrancados de un tirón (pp.23 - 24), hasta terminar por situarse en el vértice de la idealidad, igualmente estereotipada, allí donde cada temor se anula ante la convicción de unos amantes perfectos, que se reconocen contruidos, cada uno, a la medida del otro. (pp. 24 - 25).

Entre los dos movimientos iniciales, el de la espera y el de la llegada, hasta el final de la narración que se precipita en los desplazamientos del cruce y la partida, sólo comparece el gesto y la productividad literaria más esencial, discurso y nada más que discurso, sustentado siempre por su propia ficcionalidad.

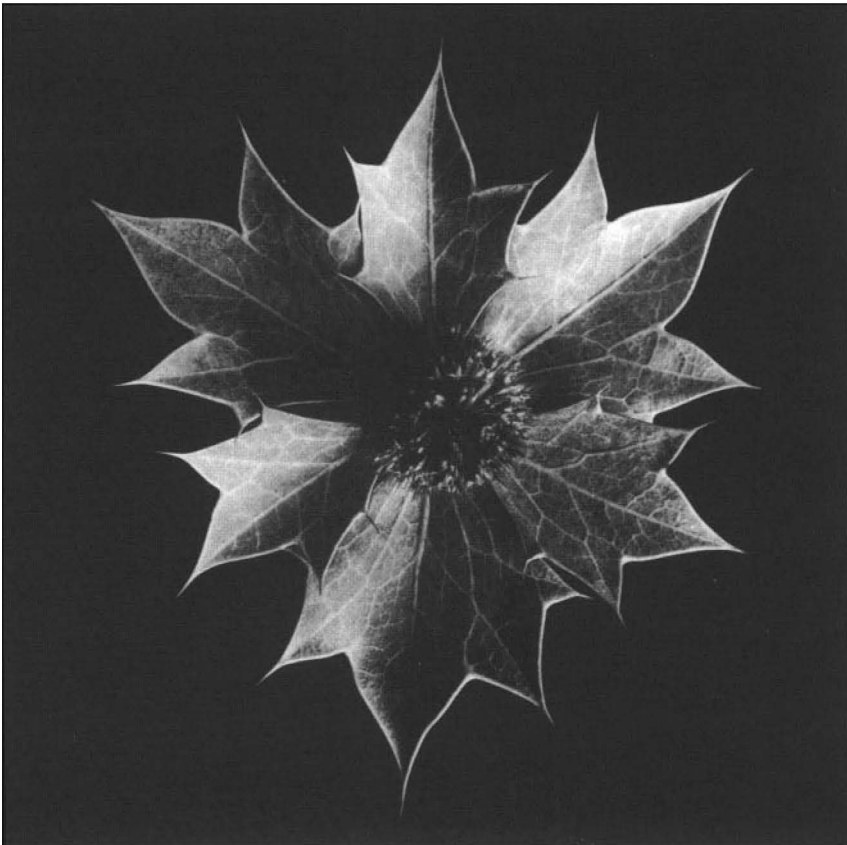
El relato termina por descentrarse y volver atrás, mientras el tiempo se repliega a ese estadio sin memoria, el de la imposibilidad de recordar aquello que todavía no sucede. Sin embargo, en la virtualidad del deseo sobrevive la esperanza de un amor plenamente humano.

“Roce 2” plasma la presencia de un talento literario y un ejercicio consciente de la escritura, donde la voz de Andrea Maturana se constituye en signo revelador del estatuto que ha alcanzado la producción de las mujeres en el Chile de los noventa.

This page intentionally left blank

Roce 2

ANDREA MATURANA



This page intentionally left blank

Roce 2

Lleva unos minutos esperándolo y el tiempo se le ha multiplicado por tres. Lo espera siempre hasta cinco (o diez) minutos; no más de quince. Y siempre se le triplica el tiempo. Le alcanza, siente, para imaginarse demasiadas cosas. A veces saca su agenda y escribe algo; o sencillamente piensa y construye la conversación que tendrá con él. O recuerda que harán el amor sentados y luego sacude la cabeza reprochándose por recordar algo que aún no ha sucedido. Sabe que él llegará en cualquier momento. Que no le dará explicaciones. O quizás se las dé, pero de lo que está segura es de que no se las pedirá. No las necesita.

A él también el tiempo se le alarga, pero no quiere que ella lo sepa ni quiere saberlo él. Se sienta en la micro mirando hacia afuera por la ventana. Le parece que los postes del alumbrado pasan hacia atrás demasiado lento, igual que la vida antes de ella. Sabe que lo espera. Que estará escribiendo en su agenda o recordando algo que todavía no sucede, pero prefiere que no le importe.

Ella querría que fuera como cualquier otra vez, nada especial. Pero es diferente. Los dos han escapado (eso ella no lo sabe todavía; sólo está segura de su parte) de sus vidas para encontrarse en una esquina y creer que pueden construir un espacio en común. Que todo lo que no sea esa esquina y ese espacio en común no existe. Pero la incertidumbre alarga el tiempo: ella no sabe si él va a llegar, ni cuándo. Piensa que pudo haberse quedado dormido y, que si lo hizo (si duerme), llegará con más de media hora de retraso. Y que ella no va a esperarlo más de media hora, por orgullo y por amor propio. Más por orgullo que por amor propio. Y que si él se retrasa más de media hora y ella se va (ya que no va a esperarlo tanto por orgullo), se encerrará y hará tiempo hasta un poco antes de morir para escribir sus memorias, donde no aparecerá él, por que nunca se habrán encontrado en esa esquina.

Está un poco en eso y un poco recordando cosas que todavía no suceden, cuando lo ve bajar de la micro en la vereda del frente. Lo ve bajar y de pronto le gustaría estar a mil kilómetros de ahí, en alguna parte del desierto donde no

haya esquinas. Pero no por que no quiere estar ahí, sino porque lo desea demasiado. Porque en un descuido se ha dado cuenta de que él es hermoso y teme no gustarle.

El la ve antes de bajarse y piensa en esconder la cabeza y seguir de largo hasta el terminal. Pero no porque no quiera estar con ella, sino porque la ha visto de lejos y la supo tan hermosa que de pronto temió no gustarle.

Sin embargo caminan el uno hacia el otro, eso sí sin mirarse demasiado, y se encuentran en un beso largo queriendo que todo lo demás no exista y presintiendo que es más bien al revés. Que son ellos los que dejan de existir, que no hay coordenadas geográficas o temporales que los sostengan, que sólo están ahí por la fuerza de su deseo.

Ella no le pide explicaciones, pero él se las da. Se las da justamente porque ella no se las pide, y la hace sonreír cuando intenta y no logra disimular que también a él se le alargó el tiempo.

Caminan lentamente hacia el auto y, al subirse, por todas las ganas que tienen de estar juntos esa primera vez, toman conciencia de la cantidad de riesgos que se corren en cada viaje. Que el auto puede no partir. O partir y luego dejar de andar de pronto, en medio de la calle. Que pueden chocar contra un poste. O arrollar un perro. Que puede haber un terremoto o un golpe de estado. Que el lugar al cual decidieron ir puede no estar abierto a esa hora de la mañana, o estar convertido en ruinas sobre las cuales se construirá un hermoso edificio.

Y es aún peor. Pueden llegar. Pueden llegar ilesos, incluso, luego de salvar todos los obstáculos, y encontrarse solos frente a frente, sin excusas, y no gustarse.

O ir más allá, y estar encantados el uno con el otro, pero tanto, que en la ansiedad del encuentro él sea torpe y enrede su reloj en el pelo de ella, y ella, en intentar sacarlo, le rompa la manilla de la cuerda. O él tratar de desvestirla con tanto apuro que no se detenga en los botones de la blusa y los arranque todos de un tirón. O ella besarle tan fuerte que le hiera los labios.

Pero si eso no sucediera. Si todo fuera bien, como han imaginado, si se besaran el uno al otro como siempre soñaron, si encontraran esa manera de acariciarse que ya creían inexistente, si se produjera un encuentro absoluto y enorme... sólo si eso ocurriera las cosas serían realmente graves. Sólo entonces comenzarían a amarse y saben que amarse es un camino vertiginoso del cual no se escapa nadie por voluntad propia, que es necesario reventarse en él para lograr olvidarlo, y destruirlo completamente para salir.

No han hablado, pero no ha sido necesario, porque con mirarse se entienden. Después se dicen algunas cosas; ella le cuenta temores que ha inventado en ese momento. Dice temer que ese espacio que creen estar construyendo no sea real (sabe que es más real que todo lo demás; que el resto de las cosas no existen) y que la situación sea desigual (sabe que es más pareja que cualquier otra, que se desean en la misma medida, que se extrañan con la misma fuerza). Al decirlo ladea la mirada, pero aún así él no nota que miente porque no quiere notarlo. Simplemente descansa en sus temores y asiente con la cabeza. Y luego confiesa sentirse culpable de haber elegido ya una vida y estarla traicionando al deseársela a ella. Se lo dice sin ninguna convicción y ella lo cree porque quiere creelo. Porque es más fácil.

Se miran en silencio, sintiendo un pequeño dolor entre el pecho y la garganta. Ya no temen los riesgos del viaje porque saben que no les pasará nada. No temen no gustarse porque se saben contruidos a medida para el gusto del otro. No temen torpezas porque, así como se desean con furia, se desean también con la calma necesaria para olerse y aprenderse lentamente de memoria.

Pero han creado entre los dos el único y gran real temor. Y se despiden apoyados en pequeñas cosas, en otras cosas. Pero lo que los separa es saber que, luego de ese encuentro (aunque la historia no les alcance para terminar de vivirlo) no van a poder sino amarse. Que bastará con tocarse una vez la piel para no poder salir. Bastará con verse desnudos y juntos frente a un espejo.

Se besan lento y largo sin decirse nada. El cruza la calle sin volver la cabeza y ella hace partir su auto, sin poder recordar ya aquello que todavía no sucede.